

El RADAR, ese mágico duende del espacio, ya tiene en España radiotelegrafistas especializados

Lo mismo sirve para detectar la presencia de aviones enemigos que para multar a automovilistas desaprensivos en una futura "Campana de la Prudencia"

DECLARACIONES DE DON JOAQUIN GOMEZ BARQUERO, PROFESOR DE LA PRIMERA PROMOCION DE ESPECIALISTAS EN RADAR DE LA ESCUELA OFICIAL DE TELECOMUNICACION

De la Escuela Oficial de Tele- comunicación han salido estos días los primeros especialistas españoles de radar, ese maravilloso sexto sentido con que la ciencia ha dotado al hombre moderno para el mejor dominio de los espacios. El r-a-d-a-r (Iniciales de "radius direction and ranging") constituye, como ustedes saben, uno de los descubrimientos más impresionantes de la última configuración mundial. Sus radiaciones son como dedos invisibles que pueden descubrir en la oscuridad cualquier objeto interpuesto ante ellos, remitirlo, a la velocidad de la luz y como un eco, a la estación emisora, y en ella, sobre la pantalla circular de rayos catódicos, transformar las detecciones en puntitos luminosos semejantes a una constelación celeste.

LA I PROMOCION CONSTA DE VEINTE TELEGRAFISTAS

La primera promoción de radiotelegrafistas ha sido dirigida por una inteligente figura de nuestra electrotécnica, don Joaquín Gómez Barquero, profesor de Medidas Radioeléctricas de la Escuela Oficial de Telecomunicación.

—¿Cuántos especialistas de radar han salido de este primer curso?

—Veinte. Todos ellos radiotelegrafistas en activo que han verificado el curso durante el mes

de permiso que les concedieron los barcos o aeronaves donde prestan sus servicios.

—A partir de este primer curso, ¿será permanente la enseñanza y especialización en los equipos de radar?

—Desde luego. Actualmente se preparan otros veinte telegrafistas más, con objeto de especializarse en este sistema.

—¿Sólo se especializan los radiotelegrafistas?

—También los ingenieros y ayudantes de ingeniero.

—¿Cuántas instalaciones de radar ha y actualmente en España?

—Militares, algunas. A consecuencia del reciente Convenio con Norteamérica se harán bastantes instalaciones en el futuro.

—¿Y con fines pacíficos?

—Muy pocas. Que yo tenga noticia, sólo en los barcos de la Compañía Transmediterránea.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿No protestarán de esto los especialistas?

Don Joaquín Gómez Barquero se sonríe y desliza la conversación por otros derroteros. Mientras hablamos nos dirigimos al laboratorio, magnífica obra de modernidad y buen gusto, donde el ingeniero puso sus mejores afares. Esto nos lo tiene que decir su ayudante, el señor Lorenzo, ardiente apologeta suyo, pues el señor Gómez Barquero peca de una excesiva modestia. De su mano vamos sumergién-

donos con entusiasmo y admiración en ese mundo de fábula que es la electrotécnica.

—Gracias al radar, los barcos pueden hoy navegar en las mejores condiciones de visibilidad, especialmente en medio de la niebla, origen de tantas pasadas catástrofes, obteniéndose en la pantalla del radar un plano perfecto de las costas o de la situación en alta mar. Hoy, la presencia de otro barco, de una boya, de un iceberg, sería detectada con tiempo suficiente para evitar la colisión.

EL RADAR ES UN ALIADO PRECIOSO DE LOS AVIONES DE PROPULSION A CHORRO

—Respecto a la navegación aérea—continúa explicándonos—, la utilidad del radar no tiene límites. La presencia de otros aviones, de nubes tormentosas, de ciclones, es rápidamente registrada en la pantalla de rayos catódicos. Especialmente el radar se hace imprescindible en la navegación de los aviones de propulsión a chorro, ya que, por su velocidad, han de prevenir a tiempo la presencia de nubes y objetos extraños. Pero, naturalmente, cuando más se ha dejado sentir la importancia del radar ha sido en la guerra.

Aquí recordamos la isla de Iwo Jima, festoneada de radar por los japoneses; Okinawa, las costas de Normandía en el famoso día D de 1944, la localización de los "robots" lanzados por Alemania, etcétera.

En nuestros días, gracias al radar y la televisión, no ofrece ya problema alguno aquella fantástica "utopía juliovernesca" de los proyectiles dirigidos a distancia, tanto para fines pacíficos como bélicos.

EL RADAR Y LA ACTUAL "CAMPAÑA DE LA PRUDENCIA"

—Entre estas aplicaciones pacíficas, hay una muy curiosa en Norteamérica. Se trata de instalaciones que acusan la velocidad de los coches, especialmente puestos en lugares donde la velocidad es limitada, como puentes, por ejemplo. Al paso de los automóviles, las ondas del radar vibran con distinta frecuencia y, a determinada intensidad de éstas, se dispara un objetivo que obtiene la fotografía del coche, con su matrícula, a los efectos de la multa reglamentaria.

El señor Gómez Barquero nos hace una demostración de este hecho sobre un aparato que él llama "banco de microondas" acercando y alejando con diferente rapidez una plancha de acero, y, efectivamente, la emisora "cambia de voz" en cada uno de los experimentos. Ante el éxito, le pregunto:

—¿Por qué no ofrece este aparato a nuestro delegado municipal de Tráfico, don Miguel Primo de Rivera?

—Sería utilísimo en determinados lugares de Madrid. Pero la "Campana de la Prudencia" resultaría excesivamente cara.

LO QUE CUESTAN ESTAS COSAS DEL PROGRESO

—¿Sabe cuánto nos cuesta un "aparato de esos"? Unas trescientas mil pesetas. Y un equipo de radar, setecientas mil.

—¿Y cómo andan de presupuesto?

—Mal. Los aparatos valen carísimos y no podemos dotar a la Escuela de todos los necesarios. Nuestros ingenieros salen al extranjero magníficamente prepa-

rados teóricamente, pero allí se encuentran ante innumerables aparatos desconocidos.

—Sinceramente, profesor, ¿qué opina de las instalaciones de radar de esta Escuela?

—Que son magníficas. Pocas, pero magníficas. Y todas ellas, modernas.

—¿El último grito de la electrotécnica?

—En efecto. Y gracias a todo ello, al dinamismo y espíritu de iniciativa de don Emilio Novoa, director de la Escuela; del ilustrísimo director general de Telecomunicación y al estímulo y ayuda constante del ministro de la Gobernación.

—¿Qué aparatos tienen aquí?



MADRID, 20 DE FEBRERO DE 1954

—El "banco de microondas", procedente de Italia; los tubos de rayos catódicos, los oscilógrafos americanos y, el más importante, el equipo de radar, de material inglés montado aquí por Marconi, que consta de cuatro unidades compuestas de osciladores, antena, receptor y pantalla o unidad de presentación, donde puede apreciarse la situación y distancia de los objetos detectados. ¿Quiere usted que veamos Madrid?

De un modo borroso primero y luego con toda nitidez van dibujándose los puntos luminosos en que se transforman las ondas electromagnéticas retransmitidas. El plano de Madrid se ofrece a nuestra contemplación maravillada. A la escala que queremos. A dos millas con todo el barrio de Salamanca, destacando la calle de Velázquez como un río luminoso. Después, todo el casco de Madrid, con los rascacielos de Alcalá, José Antonio, plaza de España y María de Molina dominando sobre los otros puntos como nebulosas de un cielo fantástico.

OSCAR NUÑEZ

DESPUES DEL CHOCOLATE



Churreteso y pringoso está este chaval. Suponemos que dentro del tazón hubo en algún tiempo ese chocolate que ahora reluce por su nariz. El líquido ha bajado desde el tazón hasta la barriguita, con la que hace juego.

TRAS EL SUBMARINO APARECE LA LOCOMOTORA ATOMICA

NUEVA YORK. (Crónica del corresponsal de FIEL, Franky Fuentes.)—Aún no ha pasado un mes desde la botadura del primer submarino atómico, con capacidad ilimitada para navegar bajo el agua, cuando una nueva noticia bomba irrumpe entre los problemas de la vida del hombre norteamericano.

El doctor Borsl, físico bien conocido, por haber participado en muchas de las realizaciones atómicas estadounidenses en los últimos años y director del programa de investigaciones de la Universidad de Utah, ha informado de nuevo acontecimiento.

La industria de los Estados Unidos está ya en condiciones de fabricación de los primeros vehículos en los que la energía nuclear va a ser utilizada con fines pacíficos. Trátase de inocentes locomotoras para los ferrocarriles.

El primer proyecto data de diez años atrás, pero la experiencia y los recientes trabajos de los científicos universitarios de Utah, con la colaboración de las más fuertes compañías ferroviarias y de las industrias más poderosas han terminado por determinar los planos definitivos para una fabricación económica de estos vehículos de tracción nuclear.

Este de una locomotora atómica es bastante elevado. Parece ser que alcanzaría el millón doscientos mil dólares, lo que si, en principio, asusta un poco, al conocer su capacidad de arrastre y el consumo de "combustible", hace variar las primeras impresiones.

Según declaraciones hechas públicas por el doctor Borsl, de la Universidad de Utah y director de los trabajos sobre el proyecto de la locomotora atómica, una unidad de este tipo posee cuatro veces la potencia de arrastre de una "Diesel" corriente.

Contando con que la libra de uranio no excede los 11.000 dólares, y teniendo en cuenta que cada locomotora funcionará durante un año con once libras de sulfato de uranio, el costo del "combustible" sería sensiblemente inferior al de las locomotoras "Diesel" actualmente en servicio, en las que se invierten anualmente por este concepto, unos 250.000 dólares por unidad.

Es de suponer que, cuando empresas poderosas como la Union Pacific, la Western Pacific, la New York Central, la Denver & Rio Grande, la General Motors, la Edison, la Babcock & Wilcox, la Westinghouse, la General Electric, etc. etc. han estado interesadas más o menos intensamente en los trabajos de investigación de la Universidad de Utah, es porque el proyecto era interesante y tiene posibilidades de próxima realización.

La serie se ha iniciado ya para la paz y para la guerra. Pronto nos dirán que se ha iniciado la producción de otro tipo de maquinaria para los más diversos usos civiles y militares. El mundo tendrá una nueva ilusión, semejante a la despertada por la energía eléctrica o la aviación.

Empezó entre fieras

POR CARTER DICKSON

RESUMEN DE LO PUBLICADO.
Una tarde de septiembre de 1940, en el Zoo Royal Albert de Kensington Gardens, se encuentran o fingen encontrarse, en el interior de la casa de los reptiles, la linda muchacha Magde Palliser y el joven mister Carey Quint, ante la vigilancia atenta del guardián Mike Parsons. Ambos descendientes de dos familias de prestigiosos artistas teatrales expertos en los juegos de ilusión y separados por una competencia rayana en el odio.

CONTINUACION (3)

—¿De forma que yo estaba tratando de romper el cristal? —gritó Mr. Carey Quint, y le dió un poderoso empujón.

—Mique salió despedido hacia atrás, como disparado por una catapultilla. Su espalda chocó contra la caja de cristal que contenía al lagarto tropical americano ("ameiva ameiva"); se oyó un crujido de cristales rotos y el ruido de destrozarse los timpanos en aquel espacio cerrado, y después los acontecimientos comenzaron a sucederse rápidamente.

—¡Miren! —gritaba miss Palliser—. ¡Ese horrible bicho amarillo y negro se está escapando! Mike Parsons, aturdido, se deslizó hasta quedar sentado en el suelo. El lagarto tropical americano ("ameiva ameiva") tenía una longitud de dos pies y se encontraba de mal humor. Su manchado cuerpo se desplomó hacia adelante y cayó al suelo con un enervante rozar de escamas. Durante un momento permaneció inmóvil, jadeante, con los flancos moviéndose como un fuelle. Después entró en acción.

Era una masa estriada de amarillo sobre el luminado suelo. De repente se lanzó hacia adelante con la velocidad que le había conquistado el remoquete de "corredor del desierto".

Pero no saltó hacia Magde Palliser, que retrocedió gritando; no saltó hacia Carey Quint, ni atacó a Mike Parsons. Por el contrario, se abalanzó sobre el grueso caballero calvo de las gafas.

—¡Oiga...! —comenzó a decir éste.

En aquel instante, su mirada cayó sobre aquella pesadilla que avanzaba hacia él.

"Volverse y echar a correr" es una frase muy poco expresiva, y, por consiguiente, no sería adecuado decir simplemente que el caballero grueso se volvió y echó a correr.

Su voluminoso cuerpo giró tan rápidamente y, sin embargo, con tanta gracia como si se columpiase en el portillo de una caca. Llevaba el mentón saliente, y la parte posterior de su calva cabeza brillaba por efecto de la luz del suelo. Sus piernas, un poco torcidas, se movían con la precisión de dos émbolos. Levantando mucho las rodillas al correr, se dirigió hacia la puerta principal, perseguido por el lagarto tropical americano ("ameiva ameiva").

—¿Qué demonios encendidos pasa aquí dentro? —gimió con acento de agonía—. ¡Quitenme! ¡No pueden? ¡Llévenselo! ¡Llé...!

Mike Parsons, aturdido, se puso en pie.

—¡Esto lo pagará! —dijo, dirigiéndose a Carey Quint— y después—. ¡No se dirija hacia la puerta principal, señor! ¡No corra hacia la puerta principal! ¡Es un ejemplar muy valioso! ¡Es...!

Mike no terminó la frase, ya que iba corriendo tras el lagarto y el caballero, a una velocidad igual a la de aquéllos. El hombre grueso no mostraba ninguna intención de dirigirse hacia la puerta principal. En realidad, daba vueltas, como sobre una pista, por el interior de la Casa de los Reptiles. Rodeando el bloque central de departamentos, desapareció por espacio de unos segundos, antes de aparecer nuevamente corriendo en línea recta. Las atronadoras voces tenían curiosos efectos acústicos dentro del cerrado recinto.

—¡No le excite, señor! ¡No corra! ¡Déjese! ¡Qué dices y quieto, y al animal no le sucederá nada!

—¡No tengo la menor duda de que será así! —bramó la voz del caballero grueso—. ¡Dándole la cantidad de ejercicio que necesita, debe encontrarse estupidamente! Pero el asunto es:

¿Qué es lo que me va a pasar a mí?

—¡No es venenoso, señor! ¡Su mordedura es desagradable, pero no es ponzoñoso!

Dando la vuelta a la esquina más lejana, en forma casi majestuosa, el caballero grueso corría en aquel momento en dirección a Madge Palliser y Carey Quint. Ahora llevaba el panamá fuertemente encastrado en la parte posterior de la cabeza, y con la mano izquierda agarraba todavía la bolsa de cacahuetes. La notable seguridad de sus pisadas sobre aquel escurridizo suelo era debida, sin duda alguna, a que llevaba zapatos con piso de goma. Esto se hacía patente, así como los blancos calcetines que llevaba, mientras sus piernas se movían con rapidez verliginosa.

—Bueno, Mr. Carey Quint —dijo la joven—. ¿Está usted satisfecho de lo que ha hecho?

Estaba escondida detrás de su enemigo. En realidad, hacia todos los esfuerzos imaginables para subirse sobre sus hombros, pero no pudo resistir el deseo

de salirse de allí. El lagarto tropical americano ("ameiva ameiva") tenía una longitud de dos pies y se encontraba de mal humor. Su manchado cuerpo se desplomó hacia adelante y cayó al suelo con un enervante rozar de escamas. Durante un momento permaneció inmóvil, jadeante, con los flancos moviéndose como un fuelle. Después entró en acción.

Era una masa estriada de amarillo sobre el luminado suelo. De repente se lanzó hacia adelante con la velocidad que le había conquistado el remoquete de "corredor del desierto".

Pero no saltó hacia Magde Palliser, que retrocedió gritando; no saltó hacia Carey Quint, ni atacó a Mike Parsons. Por el contrario, se abalanzó sobre el grueso caballero calvo de las gafas.

—¡Oiga...! —comenzó a decir éste.

En aquel instante, su mirada cayó sobre aquella pesadilla que avanzaba hacia él.

"Volverse y echar a correr" es una frase muy poco expresiva, y, por consiguiente, no sería adecuado decir simplemente que el caballero grueso se volvió y echó a correr.

Su voluminoso cuerpo giró tan rápidamente y, sin embargo, con tanta gracia como si se columpiase en el portillo de una caca. Llevaba el mentón saliente, y la parte posterior de su calva cabeza brillaba por efecto de la luz del suelo. Sus piernas, un poco torcidas, se movían con la precisión de dos émbolos. Levantando mucho las rodillas al correr, se dirigió hacia la puerta principal, perseguido por el lagarto tropical americano ("ameiva ameiva").

—¿Qué demonios encendidos pasa aquí dentro? —gimió con acento de agonía—. ¡Quitenme! ¡No pueden? ¡Llévenselo! ¡Llé...!

Mike Parsons, aturdido, se puso en pie.

—¡Esto lo pagará! —dijo, dirigiéndose a Carey Quint— y después—. ¡No se dirija hacia la puerta principal, señor! ¡No corra hacia la puerta principal! ¡Es un ejemplar muy valioso! ¡Es...!

Mike no terminó la frase, ya que iba corriendo tras el lagarto y el caballero, a una velocidad igual a la de aquéllos. El hombre grueso no mostraba ninguna intención de dirigirse hacia la puerta principal. En realidad, daba vueltas, como sobre una pista, por el interior de la Casa de los Reptiles. Rodeando el bloque central de departamentos, desapareció por espacio de unos segundos, antes de aparecer nuevamente corriendo en línea recta. Las atronadoras voces tenían curiosos efectos acústicos dentro del cerrado recinto.

—¡No le excite, señor! ¡No corra! ¡Déjese! ¡Qué dices y quieto, y al animal no le sucederá nada!

—¡No tengo la menor duda de que será así! —bramó la voz del caballero grueso—. ¡Dándole la cantidad de ejercicio que necesita, debe encontrarse estupidamente! Pero el asunto es:

la ("heloderma suspectum") apareció el repugnante monstruo.

Más lento y pesado que su paciente, dudó ante la brecha. Parecía moverse pulgada a pulgada; acaso ni siquiera tenía ganas de salir. Pero al chasquear sus mandíbulas, provistas de agudos dientes, hacia el casi desvanecido Mike, cayó fuera de su departamento.

Manchado de rojo y marrón, con la cabeza semejante a la de un "bulldog" de pesadilla, estaba esperando en el centro del pasaje, cuando el caballero grueso se dió con él de manos a boca.

III

La vivienda de Mr. Edward Benton, director o superintendente del Royal Albert se hallaba enclavada en los terrenos del Parque Zoológico.

Estaba próxima al extremo noroeste del recinto, no muy lejos de la verja de hierro que corría a lo largo de la entrada principal, en Bayswater Road.

garse es que usted rompió un departamento de vidrio en la Casa de los Reptiles.

—Fueron dos—dijo Mike Parsons.

Mr. Quint se detuvo en seco, arqueando los hombros, y señaló a Mike.

—Le aconsejo Mr. MacTavish —dijo—, que mantenga alejado de mí a este enano de ojos salmónes, antes que me haga perder de nuevo la paciencia. Ya le he tirado antes contra una caja... —Dos cajas—dijo Mike.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Madge Palliser—. ¡Deje en paz a Mr. Quint!

¡Misterios de la psicología femenina!

Ante esta repentina defensa, que le llegaba de parte tan insospechada, Carey Quint miró sorprendido a su alrededor. Dándose cuenta inmediatamente de lo impropio de su conducta, Madge Palliser apretó los labios. Todavía continuaba silenciosa cuando Angus MacTavish oprimió el timbre de la puerta principal.

Esta fué abierta por una jo-

Le contestó tal coro de voces

—Mike, MacTavish y Carey Quint hablando al mismo tiempo—, que su asombro era fácilmente comprensible. El zumbido de la aspiradora, aumentando y disminuyendo según se acercaba o se alejaba, contribuía a hacer más completa la confusión.

Cuando Louise Benton ordenó a la doncella que desconectase el aparato, la cesión del ruido cogió a Mike Parsons gritando a pleno pulmón.

—¡El gran lagarto! —decía (Carey Quint miró a su alrededor con aire de sospecha, antes de comprobar que se refería al "ameiva ameiva")—. ¡El gran lagarto iba a morder al caballero grueso! ¡Esta es la pura verdad! ¡Y el gila se escapó, y los dos horribles animales comenzaron a morderse mutuamente, hasta que echamos unas redes sobre ellos!

Louise Benton frunció el ceño. Sus labios medio sonreían, mientras sus azules ojos parecían preocupados.

—Entonces —preguntó—, ¿no hay ningún herido?

revivir añejas emociones. Recor-

daban días alegres y, aunque pueda parecer increíble, hasta Mike Parsons se sentía joven.

El comentario de Louise Benton fué de lo más inesperado.

—¿Quién iba a pensarlo? —exclamó.

Se quitó el delantal y lo arrojó, junto con el paño del polvo, detrás de la puerta. El color cambiaba sus mejillas, que antes estaban pálidas como la cera.

—Los mejores momentos de mi infancia que puedo recordar —continuó—, fueron los que pasé cuando me llevaron a ver a Eugene Quint a la sala de St. Thomas.

—Era mi padre—dijo Carey con modestia.

Louise se volvió rápidamente.

—Por supuesto—sonrió—. ¿Cuál era el otro nombre?

—Sandros Palliser —contestó Madge casi furiosa—. Mi padre.

—¡Sí claro! Pero eso no es todo. Hablando de los padres, yo me conocía a Eugene Quint personalmente. Hace muchos, muchos años, mi padre le dió algunos consejos lúcidos sobre reptiles para un número de Ilusionismo que estaba montando para...

Carey Quint hizo chasquear los dedos.

—¡Espere un momento! —exclamó, con el aire de una persona que despierta de pronto—. ¿Cómo dijo que se llamaba su padre?

—Benton, Edward Benton.

—¿Un hombre alto, delgado, con el pelo rubio y siempre sonriente?

De repente, algo de la animación que iluminaba el rostro de Louise Benton desapareció.

—Ahora ya no tiene mucho pelo—dijo, haciendo un esfuerzo por aparecer despreocupada—, y, ¡bueno!, debiera rotar algo más de lo que rie. Está empleado en este Parque desde hace veinte años, y lleva el cargo de director—Louise dudó. Trató de desechar alguna precaución tan violentamente como si se cerrase una puerta, y luego estudió a los dos jóvenes.

—Pero, perdonen, ¿ustedes son también ilusionistas? —dijo.

Carey se inclinó.

(En su interior, Madge consideró que aquél era el ademán más estúpido que jamás había visto hacer a un hombre. A pesar de no haberse afeitado, el grandísimo bergante no era feo, y Louise Benton le estudiaba con decoroso, pero con mal oculto interés. Carey no se daba cuenta de ello; pero Madge, sí.)

—Bueno—dijo Louise—, se preguntó porque esos dos señores, desde hace muchos años. El otro día pasé por St. Thomas's Hall y me pareció extraño lo ruinoso y descuidado que parecía.

Madge habló con voz clara.

—Mr. Quint—explicó, con un dejo de odio al pronunciar su nombre—, va a abrir St. Thomas's Hall dentro de una semana.

Louise estaba excitada.

—¿De veras?

—Y miss Palliser —dijo Carey—va a comenzar una serie de "Noches Fantásticas", la primera después de la guerra mundial de mil novecientos catavros, antes de un mes—su voz se elevó—. A pesar de todo lo que ella pueda decirle, no voy a resucitar los "Misterios" de Quint sólo para humillarla o hacerla fracasar.

(Continúa...)

(Reproducción autorizada por la colección "El Ilustre Blanco".)



que sintió de decir aquello. Sus palabras no causaron efecto alguno sobre el caballero grueso.

—Déjese de recriminaciones! —gruñó—. ¡Déjelo todo! ¡No es hora de hacer reproches! ¡Por el amor de Esaú! ¡No puede nadie hacer algo?

—¡Tire los cacahuetes al suelo! —gritó Mr. Quint—. ¡Tal vez se detenga a comérselos!

Esta sugerencia, a pesar de ser la mejor que el joven podía hacer en aquellos momentos, no podía considerarse más que como una estupidez. Por lo menos esto es lo que le pareció al caballero grueso. Con evidente riesgo de perder el equilibrio, lanzó a su consejero una terrible mirada, mientras proseguía su veloz carrera. Parecía como si su voluminoso cuerpo avanzase con la velocidad de un relámpago, mientras su cabeza, vuelta hacia atrás, los miraba con ojos fulgurantes.

—¡No eche cacahuetes a los animales! —gritó furioso Mike—. ¡El reglamento lo prohíbe! ¡El director no lo permite! ¡Es...!

—¡Oiga! —gritó Madge. ¡Por el amor de Dios, escuche! Fué la distracción de la atención de Mike lo que originó la catástrofe final. Mike patinaba rematadamente mal, peor aún que el lagarto americano ("ameiva ameiva"). Incapaz de frenar al dar la vuelta al ángulo, Mike perdió por completo el equilibrio.

El segundo crujido del cristal no fué tan fuerte como el primero. Mike, protegiéndose el rostro con los brazos, se las compuso para salir ileso por segunda vez. Pero por la abertura del departamento del monstruoso gi-

ven de cabello claro, que llevaba puesto el delantal y tenía en la mano un paño de limpiar el polvo. Detrás de ella podía verse un espacioso y fresco vestíbulo, animado por el suave ronroneo de una aspiradora eléctrica, que manejaba una doncella con cofia y delantal.

"Joven" no es la palabra exacta que habría que emplear para describir a la mujer que les abrió la puerta. Tendría unos treinta y cinco años o, tal vez, algunos más. Sin embargo, esta madurez, madurez del rostro y del cuerpo, combinada con un sencillo aire simpático y juvenil, le hacían aparecer mucho más joven. La mirada de sus ojos azules les sonrió. Los sinsabores de la vida no habían dejado huella alguna en su rostro. Enmarcada por el dintel de la puerta, con las ventanas de pequeños cristales y los arriates de brillantes flores a ambos lados, parecía estar en su elemento.

Y sin embargo... Si no hubiesen estado tan preocupados se habrían percatado de algo más. La joven tenía alguna preocupación, una sola, pero que traspasaba su corazón y le hacía latir aceleradamente cada vez que sonaba el timbre de la puerta. Pero ellos no habrían de saberlo hasta más tarde.

—¿Qué desean? —preguntó. MacTavish saludó.

—No quisieramos molestarla, Miss Louise—dijo, ex c u s ándose—. Desearíamos ver a su padre, si es posible.

—Lo siento—respondió Louise Benton—, pero mi padre no está en casa. Ha ido a ver a alguien de la Compañía de Ferrocarriles.

—¿Es algo importante?

—Ninguno, excepto yo, señorita. ¡Oh, no! ¡Yo tampoco!

Miss Benton replicó, conciliadora.

—Bien, Mike. Por supuesto, yo pretendía...

—Pero no ha sido por su intervención—exclamó Mike señalando a Carey Quint con un dedo—por lo que no me he hecho pedazos con los cristales y no ha sido mordido el caballero grueso. Yo no sé lo que pasa aquí, señorita, pero me gustaría saber lo que estaba haciendo esta pareja y cómo se ganan la vida. ¡Guillitina! ¡Cámaras de tortura! ¡Serrando a la gente por la mitad!

—¡Maldita sea! Somos ilusionistas profesionales—dijo—. Mi nombre es Quint. Esta señorita es miss Madge Palliser.

Louise Benton le miró fijamente.

—¡Quint! —murmuró—. ¡Palliser! ¿No serán familia de...?

—¡Claro que sí! Cada una de nuestras familias ha tenido un teatro en propiedad durante los últimos setenta años. ¿No ha oído usted hablar de "La Sala del Misterio", de Quint, en Picadilly? ¿O de las "Noches Fantásticas", de Palliser, en St. Martin's Lane?

Se hizo un largo silencio.

Todos los presentes conocían estos nombres. Eran verdaderas insituciones. En los cerebros imaginativos evocaban un panorama completo del Londres de la reina Victoria y del rey Eduardo, con los brillantes sombreros de copa de Picadilly y a incesante corriente de coches del Parque, una vida que no habría sido completa sin los "Misterios", de Quint, y las "Noches Fantásticas", de Palliser. Hacían

COLECCION "EL GRIFON"

Núm. 1.—"GERARDO DE NERVAL, EL DESDICHADO", de Eduardo Aunós.—35 pesetas.

Núm. 2.—"EL DIABLO ENAMORADO", de Jacques Cazotte.—20 pesetas.

Núm. 3.—"AGATA", de Mario Rodríguez de Aragón.—30 pesetas.

Núm. 4.—"COBRE", de Carmen Conde.—20 pesetas.

Núm. 5.—"BIZANCIO", de Eduardo Aunós.—30 pesetas.

Núm. 6.—"LOS AHOGADOS", de Vicente Carnerando.—20 pesetas.

Núm. 7.—"LA REINA DE SABA", de Gerardo de Nerval.—20 pesetas.

Núm. 8.—"VELAZQUEZ", de F. C. Sainz de Robles.—35 pesetas.

De mujer a mujer

por NURIA MARIA



CONTESTACION A A.

Pues alegre esos ánimos, hijita, que lo que debe hacer es dar muchas gracias al Señor por haber facilitado el fin de ese noviazgo. ¿Se imagina lo desgraciada que hubiera llegado a ser de... "seulcro blanqueado", como usted dice, haber disimulado ese hombre su verdadero carácter y haber llegado al matrimonio? De cuanto ha dicho y hecho, no ha de hacer el menor caso. Simplemente ha sido un grosero con el que tuvo la desgracia de dar y que, inconsecuente, al cansarse de sus relaciones, hizo lo peor que se le ocurrió para poder romper. El mejor favor que se puede hacer a sí misma es no volverse a acordar de él. Por suerte, ha durado poco tiempo, y ese amor no puede haber arraigado. Además, hombres que se comportan como ese, se olvidan con prontitud, porque, aunque el corazón intente hacer de las suyas, la razón sabe recordar las afrentas recibidas y se acaba despreciándolos.

Ha tenido mala suerte, en efecto, en tener dos fracasos amorosos, pero ¿no se enfadará si le digo que son de poca monta? Yo le diré, y le aseguro que no miento, que hay cientos de miles de muchachas a las que les ha ocurrido otro tanto sin hacer mella en su espíritu, porque lo verdaderamente difícil es acertar a la primera o segunda vez con el hombre capaz de hacer feliz. Y no crea que es porque existe más malo que bueno. Nada de eso. Hay mucho más bueno. Lo difícil es encontrarse y encajar los caracteres. Muchísimas veces, las mucheritas como usted encuentran hombres indios y muchachos ejemplares, mujeres inmerecedoras de su cariño y fe, y de los desengaños de unos y otros nace el saber juzgar mejor después y no equivocarse al elegir.

Sursum corda, pequeña. Es usted joven, tiene amplísimos horizontes para soñar y realizar frente a usted. Tenga confianza en Dios, en su porvenir, en sí misma, sonría valiente y decidida a no fracasar, a no dejar hasta hallar un hombre de veras en su vida y verá cómo algún día confiesa usted que yo tenía razón.

CONTESTACION A MARY TERE RODRIGUEZ

Ha sido muy gentil al enviarme el franqueo que de mi peculio puse para contestarle particularmente, y espero que mi consejo le sea todo lo útil que para su beneficio es menester.

Respetable Nuria María. Tal vez considere esta consulta insignificante, que no merece respuesta, aunque todo lo espero de su bondad sin límites.

Una compañera de clase y yo deseamos saber en qué podemos conocer cuándo a un chico le gustamos de verdad y cuándo lo dice con mentira. Queda muy agradecidas, Sol y Luna.

CONTESTACION

Si se pudiera saber fácilmente cuándo un hombre al afir-

mar le gusta en serio una mujer es sincero, los fracasos sentimentales desaparecerían, ya no habría problemas de amor, o mejor dicho, quedarían reducidos en un 90 por 100. Pero hijitas, la veracidad de los hombres (y de las mujeres) en este sentido es difícil de comprobar. El tiempo es un factor aliado que poco a poco va descubriéndolos, por hábiles comediantes que sean, y sus acciones, a medida de lo que se los conoce moralmente, son sus mejores defensores o sus más encarnizados fiscales.

Con el fin de evitar engañarse y después tener que soportar una desilusión, procuren no confiar su amistad y confianza nunca antes de tener una noción general del modo de ser del joven que intente introducirse en su corazón. Si lo tratan un poquillo podrán ver la solidez de sus principios, y si en todo es recto, noble y sincero podrán llegar a la conclusión de que les dice la verdad cuando que las quiere afirmar. Verdad que, no olviden, puede ir acompañada, sin embargo, de algo también muy perjudicial: la inconstancia.

CONTESTACION A ISABEL

No, no existe esa crema que sería, en verdad, un elixir de belleza incomparable. Y en su defecto hay que trocarla por unos buenos platos llenos de pasta de sopa con mantecilla, patatas, leche, dulces, bistecs y mucho reposo, hijita.

RESPUESTA A ZAFIRO

Naturalmente, hijita. No gustándole, el pretendiente ni en lo moral ni en lo físico nada la obliga a tolerar una insistencia que comprendo le sea molesta. Por lo mismo, la próxima vez que le encuentre y se disponga a acompañarla, suave, cortés, pero energicamente digale: "Mira, lo siento, pero he de ser sincera contigo. Te aprecio como buen amigo, pero nada más. Como yo no soy una muchacha que se tenga por moderna y no acepto eso de salir con un chico en el plan de camaradas, entendiéndolo que debe hacerse tan sólo cuando es novio, te agradeceré que en lo sucesivo no me acompañes ni te molestes en invitarme, pues de antemano te advierto que no he de aceptar." Y dándole la mano en señal de decidido despedido, o pronunciando un adiós inapalable, aléjese. Puede que aún insista en otra ocasión, pero usted, prevenida, en cuanto lo vea aproximarse, con un seco "Buenos días o buenas tardes" corte todo intento de conversación. Verá cómo acaba desengañándolo.

CONTESTACION A MARISOLE G.

Aunque muy difícil sea vencer a esas pequititas, puede que lo consigamos con un poquitin de paciencia por su parte. Todas las noches, después de desmaquillarse concienzudamente y antes de acostarse, aplíquese en el rostro la fórmula que le indico a continuación, dejándola en contacto con su cutis hasta el día siguiente:

Agua de rosas, 25 gramos; lanolina anhidra, 50 gramos; cera blanca de abejas, 4 gramos; bórax, 5 gramos, y perhidrol, 5 gramos.

En efecto, aunque no tenga eso que me dice con exageración, por la femineidad que resta, comprendo deseé quitario. Mándeme sus señas y correspondiente franqueo y le expli-

caré cómo conseguirá su propósito y con seguridad de que no reaparecerá.

Admirada señora: A continuación le expongo mi caso. Me encuentro en una situación desgraciada y molesta y desearía obtener uno de sus amables y acertados consejos en la sección que publica en el diario PUEBLO. Tengo novio desde hace varios años, le amo y estoy muy ilusionada. Ultimamente ya estábamos hablando de próxima boda, sin embargo, a pesar del tiempo y de la confianza que en él debiera tener, le he estado mintiendo desde el principio, que anteriormente tuve relaciones con otro muchacho con el que también estuve a punto de casarme. No sólo le he ocultado esto, sino otras muchas cosas. Arrepentida de mi proceder, y reconociendo que es absurdo, puesto que, además, mi novio es un hombre inteligente y liberal, me he propuesto contárselo todo, pero nunca me he atrevido a hacerlo completamente, sino que he tergiversado los hechos y, además, tan a destiempo y tan desafortunadamente que no he conseguido sino agrandar y estropear las cosas.

Ahora es él el que pregunta e inquiera, y como todo lo he enredado y con frecuencia tengo que desdormirme, está disgustado conmigo y ha perdido la confianza en mí, hasta el punto de que ya no me mira con la jovialidad y el entusiasmo que antes. Como él está ahora celoso e intransigente, se me muestra con un carácter violento y malhumorado, y a veces sin demostrarme ningún respeto, por lo que nos distanciamos más, pues yo también lo injurio. Esta intransigencia y mala disposición suya hace que yo no me atreva, por fin, a sincerarme con él como es mi deseo y mi deber. Veo que caminamos a la separación, y como no soy una niña y veo que esta es mi verdadero y único amor, quiero hacer todo lo posible por volver a ganarlo.

Como mis buenos deseos los malogra, deseo que usted me oriente en lo que debo hacer.— CARMEN-NURIA.

CONTESTACION

Lamentable proceder el suyo, querida, de lo más lamentable. Sobre una mentira, fijese bien que digo "una", no se puede edificar nada, y sobre muchas, ¿cómo iba a atreverse a edificar su matrimonio? Sería una locura... Mire, es perdonable ocultar con el silencio, no con la mentira, ciertas cosas que puedan reportar el desprecio de un ser querido, porque así somos de miserablemente humanos, pero tejer una serie de falsías para negar un hecho que sólo siendo desconocido puede perjudicar porque reconocido sinceramente es inocentísimo, resulta de lo más censurable.

Está pagando su imprevisión, un error que ya podía suponer tendría que descubrirse, porque cosas así, a merced de cualquier conocido o amigo que previamente no ha sido avisado, tarde o temprano afloran a la superficie y se enteran de su existencia aquel que se quiso las ignorar.

No sé si a estas alturas será su novio capaz de perdonársela, pero como seguir con mentiras y contradicciones sólo puede reportarle al final un rotundo fracaso, por lo menos aproveche la última oportunidad que se le brinda de salvar su hermoso sueño que usted

mismita ha ido sumando para que se derrumbara. Hable con su novio, dígame con honradez que todo empezó por una mentira que sólo el amor hizo preferir, y deshaga de golpe todo el armazón de engaños. Confesado uno, confesados todos. No deje ni uno solo por declarar, y sólo así, si la perdona, podrá empezar a ser dichosa. Supongo que, después de lo ocurrido, no se le ocurrirá repetir su actitud jamás.

¿Y si no la perdona? Si, también yo he pensado en ello. ¡Es tan probable! Pero bien se puede confiar en que lo haga, no por los méritos de usted, sino en virtud de la generosidad de él, de su cariño, de su lealtad, que le impulsará a ser fiel a su propio corazón...

CONTESTACION A CELUCA DE PALENCIA

No es que tres meses sea mucho tiempo, pero, en cambio, las mentiras que ha podido comprobar él le ha dicho y el hecho de que acompañe a otras chicas, aunque sea a escondidas, demuestra a b i e r tamente que no es hombre que le convenga a usted. El que esté enamorada de él no justifica que, ciega, se disponga a lanzarse al mundo de indignidad y angustia que supone vivir pendiente de un cariño que no llega a ser nunca absolutamente suyo, y en vaivén continuo, ora da un chorro de luz al alma y ora sume en la penumbra de una duda cruel.

Sepa ser sensata y apartese de ese muchacho, querida, y habrá escogido el camino más recto para llegar a la felicidad, aunque ahora le parezca lo contrario.

NOTA.—Quedaré muy reconocida a las señoras y señoras que me han escrito firmando Paquita Gómez, Pili C. de Madrid, Luz María Carvajal, Menchu y Ana María Astorga, Asturiana, Begoña de las Nieves, Russel, Pilarica, Elifeta, May Sevein y María del Mar, y Begoña A. si tienen la amabilidad de repetirme sus consultas, incluyendo franqueo para que les conteste particularmente, y asimismo, para que esto me sea posible, sus señas. Muy agradecida.

CONTESTACION A MARIA DEL CARMEN

No es posible que yo le dé mi opinión, hijita, sin ver el bolso, las piezas que forma la piel, etcétera. Además esto es más indicado para una persona versada en el oficio de hacer bolsos, pues a ella se le ocurrirán varias formas para que usted elija. Mi consejo es, pues, que vaya con el bolso a alguna de las tiendas que los reforman y exprese allí su deseo para que le digan todas las variaciones factibles.

Esas manchas amarillentas de sus guantes desaparecerán si son producidas solo por el tiempo limpiándolas de la siguiente manera: Forme una papilla espesa con polvos de talco y gaseolina. Cálcese los guantes y los empapa bien con bencina pura, embadurnándolos después con la papilla cuya preparación le he dicho. Los deja secar y cuando estén secos los sacude, para que desprendan los polvos.

CONTESTACION A JOAN

Que la quiso el muchacho un día no hay duda ¡Esperó nueve años! Que en cuanto lo aceptó no se llevó al principio ninguna desilusión es seguro. ¡Duró su noviazgo cinco años! Que seguramente hubo fuerte decepción es probable. ¡Rompió, pese a los catorce años que le ataban a una ilusión! Que la razón que le hizo retirarse no es tan insignificante lo prueban ¡cuatro años que lleva vividos al margen de usted su corazón y en los tres últimos novio de otra, pese a seguir usted libre!

Dieciocho años de la vida de usted y de él en definitiva, y cuando ni siquiera por la fuerza de la costumbre de representar usted mucho en la vida de él, ha vuelto, desengañese, es que la ilusión murió y sólo queda para el muchacho cuando se le pregunta por usted y afirma que cree aun quererla, un recuerdo amable.

¿Seguir esperando? Yo no lo haría. Descartados esos dieciocho años de su vida sentimental, ¿no piensa que sería tontearlo al corazón los que pueden quedarle amando de nuevo?

CONTESTACION A MARY CARMEN M.

Muchas gracias por esos besos que me mandó, que son una

PARA «GANAR» ELEGANCIA

Si os tenéis que hacer un vestido, un abrigo o un traje de chaqueta, no os equivocareis si elegís alguno de estos modelos.



ABRIGO RECTO en lana ligera roja. Espalda amplia, pero redondeada. Cuello sastrero. Botones todo a lo largo. Bolillos bajos y mangas tres cuartos.



UN TRAJE DE CHAQUETA PRINCIPE DE GALES armado por pinzas oblicuas y escotado sobre un pecho de piqué. Mangas estrechas, faldones de la chaqueta graciosos. Falda recta con un pliegue profundo por detrás.



UN VESTIDO DE JERSEY BLANCO cuerpo kimono, con tapillapara botones; los puños son de punto con rayas azul marino; la falda, toda plisada, acaba con las mismas rayas.



UNA CHAQUETA RECTA con las puntas redondas, con un pequeño cuello sastrero, mangas kimono tres cuartos, abiertas al final y abotonadas. Está confeccionada en tweed de algodón.



UN VESTIDO en lana pastel azul, rosa o amarillo limón. Cuerpo sweater cerrado al cuello, tapilla de punto inorustada. Falda amplia con frunces.



magnífica recompensa para mí. Ese viso que han adquirido los botones blancos de su vestido puede ser una reacción natural de la pasta con que han sido hechos. Pruebe a frotarlos con un paño empapado en agua oxigenada y si no recobran la abura primitiva, menester será que vaya pensando usted en cambiar los botones.

CONTESTACION A M. A. S. V.

Es muy probable que en lo huido de la mirada de ese muchacho hay una prueba de que no le es usted indiferente. Sin embargo, la cosa tampoco es como para dar rienda suelta a la imaginación. Frene la fantasía, pues, y sepa esperar, conduciéndose con absoluta serenidad. Es lo que más puede beneficiarla.

CONTESTACION A MARY CARMEN DE MADRID

Consulta la suya, querida, para formular al médico especialista en enfermedades de la piel. Diríjase a él y verá con cuán suma facilidad la lib. de esas berruguitas que afloran sus manos.

(Dirigid vuestras consultas a Nuria María, apartado de Correos 12.141. Madrid.)



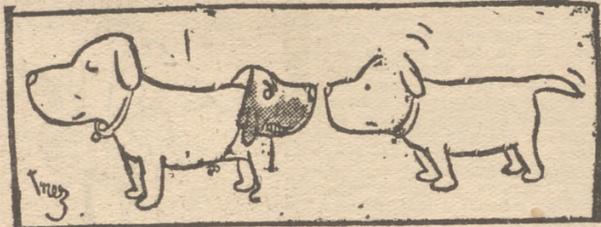
HUMOR



—Dígame usted el de un animal que tiene trompa, coimillos, empieza con ele y acaba con "fante".
 —No caigo.
 —Ha ganado usted siete pesetas!



Sin palabras



Sin palabras



Sin palabras



Sin palabras



Sin palabras



Sin palabras



—Mira, un clarito.



—Sin ti, querido Alberto, estos zapatos hubieran acabado conmigo.



—Tiras demasiado fuerte, Mac!



—A lo mejor le gustaría oírme hablar de mi colección de mariposas, ¿verdad, señorita Anita?



Sin palabras